

## Plaza pública

### ► Tensiones sociales

### ► ¿Anticipar los males?

Miguel Angel Granados Chapa

Entre señales contradictorias, el manejo de la porción económica de la crisis había permitido, hasta el comienzo de esta semana, por lo menos ganar tiempo. El fin de mayo trajo consigo, sin embargo, acontecimientos que, espere-mos equivocarnos, pudieran implicar también el final de la primavera política en la que, con matices, de todas mane-ras se había beneficiado el gobierno que acaba de cumplir su primer semestre en el poder.

Tal vez sea una victoria pírrica la que obtuvo el gobierno al persuadir, por los medios que haya sido, a los dirigentes del obrerismo oficialista para que trocaran su beligerancia en apacible reiteración del colaboracionismo de que han dado muestra por lo menos desde los años cuarenta. Es verdad que en lo inmediato, en ese frente, disminuyeron las tensiones, y se evitó la proliferación de huelgas. No puede saberse a ciencia cierta si la revisión contractual de salarios, por causa del emplazamiento de emergencia, pro-vocó incrementos considerables en una parte significativa de los casos que se rigen por convenciones colectivas. Del emplazamiento inicial de 50 por ciento, la Confederación de Trabajadores de México pasó a un 25 por ciento; se tiene noticia de que algunas empresas otorgaron, para im-pedirse un periodo prolongado de negociación, un veinte por ciento, y es probable que la mayoría se haya benefi-ciado de la prórroga. Esta abarca presuntamente hasta el nueve de junio, pero lo seguro es que se trate de un aplaza-miento *ad calendas grecas*, es decir para nunca, pues los griegos no medían el tiempo con calendas.

Sin embargo, la frustración que de esa manera se produ-ce en los trabajadores afiliados a los sindicatos lanzados al emplazamiento y luego retraídos abruptamente a sus posi-ciones previas a la crisis, tal vez no se advierta ahora, pero es difícil pensar que no se producirá. En lo inmediato, en ese terreno, acaso se observe tranquilidad. Pero no sería descabellado contar entre los costos sociales de este mo-mento el sentimiento de impotencia que se ha generado entre quienes esperaban el ejercicio de los instrumentos le-gales en manos de los trabajadores y se vieron obligados a deponerlos a cambio de nada.

Peor aún, porque se trata de un problema que puede te-ner amargas derivaciones en el plazo inmediato, es la si-tuación de las instituciones y empresas a donde sí se llegó a la huelga. Sea que ésta dure unos días, sea que se pro-longue, lo cierto es que se paga mucho, en términos de tensión social y política, por la suspensión de labores, sobre todo en medios laborales donde es prácticamente imposible el incremento salarial.

Las instituciones que típicamente se encuentran en tal situación son las universidades públicas. Orillar a que se llegue a la huelga en los centros de educación superior es llegar a un callejón sin salida. Es claro que el alza de los sa-larios en la medida solicitada por los sindicatos correspon-dientes es imposible, no sólo por razones políticas (el prin-cipio de autoridad a que se aferran algunas) sino sobre to-do por razones materiales: no hay recursos de los cuales echar mano, en una administración federal que se da de santos si logra reunir lo suficiente para el pago de las nómi-nas cada quincena. Tampoco es pensable que la huelga se levante sin obtener una porción significativa de ese incre-mento, en cuyo caso uno se pregunta por qué las partes no se avienen a tal aumento antes del estallido de la huelga misma.

De todas maneras, los signos ominosos, respecto de la transformación de la crisis económica en social están aho-ra allí presentes, observables, medibles. Todavía es tiempo de frustrar su presencia. Ojalá tengamos todos, como so-ciedad, la capacidad de hacerlo.